

La «sicalipsis» en el teatro

La estulticia humana no tiene límites, y el hombre, ese ser pensante, noble ser, flor de las especies, no halla obstáculo para el desenfreno de sus malas pasiones. Bajo el soplo agostador de la miseria moral ruedan al polvo todas las bellezas y el triunfo vergonzoso de lo malsano se acentúa de una manera lamentable.

La fantasía del arte solía permitir hasta hoy amplio campo á toda floración perniciosa, especialmente en la novela donde descripciones de un realismo repugnante incitaban los malos apetitos. Pero de ahí no se pasaba, pues fuera de la descripción, mal encubierta por el prurito doctrinario de la veracidad, nadie se atrevía á macular el arte con las vergüenzas de una miseria soezmente interpretada.

¡ Buenos tiempos esos en que aun no se había perdido todo respeto! ¡ Feliz edad esa en que todavía el temor á lo grande de la creación artística llenaba de cobarde pusilanimidad el alma de los eternos pigmeos! En esos días el más osado carecía de audacia suficiente para lanzarse contra el ensueño artístico, lleno de temor por esas grandes creaciones, creyendo que el arte era todavía una fuerza respetable.

Podía la novela caer de vez en cuando en el erotismo rayano en la pornografía, porque siendo una excepción no había temor de que cundiera. Ade-

más el arte conservaba suficiente fuerza moral para imponerse en el derrumbamiento á que se le arrastraba, y lo malsano no salía de un estrecho radio de acción, confiado en su propia miseria.

Sobre todo, se respetaba el teatro.

Se respetaba esa que deja de ser una manifestación artística para convertirse en una manifestación de cultura social. Nadie se atrevía á llevar al teatro lo que á veces se solía bosquejar en la novela, pues el teatro imponía respeto con la enorme responsabilidad moral de una acción que no estuviera dentro de los límites rigurosos de la bondad que el arte no dispensa.

Poco á poco, empero, bajo el influjo de elementos extraños que no pueden estar de acuerdo, desde ningún punto de vista, con las necesidades de nuestra moral colectiva, el teatro ha ido involucionando, cayendo en la fase de doble sentido, en el chiste crudo; en la insulsez á la base de pornografía, como si ya no hubiera leyes morales en el mundo, como si la despreocupación de unos cuantos pudiera imponerse sobre las exigencias de santidad social.

El teatro ha caído en lo más hondo, y sería plausible toda iniciativa que le volviera á su nivel, devolviendo á la sociedad ese que fué un elemento de educación y es, hoy, una forma grosera del vicio oculto. La noble forma dramática ha caído en manos de los folletinistas, con sus Sherlock, con sus Raffles y ese reciente Gavroche parisién donde el aeroplano y no sabemos si el submarino substituyen á los primeros autores.

Dentro de esa forma folletinesca cabe aún lo aproximadamente bueno. Esas obras que se dirigen á impresionar al grueso público, con las ingenuidades de una justicia divina y con la sencillez psicológica de tipos al alcance de la mediocracia corriente, no causan grave daño al pueblo. La impresionabilidad popular recoge útiles enseñanzas

en los folletines, como el hombre reflexivo en un tratado de filosofía.

Pero, si la parte dramática se resuelve en los



folletinismos de criminales y polizontes, el gran mal del teatro consiste en la parte cómica, donde la desvergüenza ha encontrado fácil campo para una maravillosa floración de vicios, inundando el

espíritu popular con la correntada nauseabunda de los bajos fondos, en que se vuelca el cinismo más exagerado.

No cabe citar hechos ni decir de casos concretos. ¿Para qué? Ellos están en la conciencia de todos, desde el humilde menestral que buscando un rato de solaz acude al café concierto donde la voz ronca de una cupletista vomita palabras equívocas, hasta el caballero de frac y guante blanco que asiste á una representación de cualquier compañía extranjera donde el repertorio de los bulevares parisinos desarrolla su eterno tema alrededor del eterno lecho situado en medio de la escena; todos sabemos cómo y en qué forma el teatro es hoy una excitante de las pasiones más bajas, de los sentimientos más innobles, como si el hombre ya no fuera un cerebro y un corazón, sino un pedazo de materia agitado siempre por la tortura del sexo.

El chiste delicado, fino, ese que hace sonreír y que proporciona un elemento de cultura superior, porque enseña á utilizar las armas nobilísimas de la ironía, despertando sentimientos elevados, ese chiste ha desaparecido ya de la escena, substituído por la palabra grosera, cuyo doble sentido se marca en poderoso relieve bajo la acción de un gesto acanallado, que el público aplaude sin escrúpulo y ve sin protesta.

La delicadeza de sentimientos parece haber huido de la escena, pese á todos esos grandes innovadores del arte teatral, los Maeterlinck, los Pínero, los Benavente. Lo burdo predomina, lo acanallado impera, el chiste se ríe á grandes y brutales carcajadas y el velo de la más elemental moralidad flota en lamentables jirones al viento de todas las impudencias.

Desde el cinematógrafo, con sus «filnos» inmorales, hasta el teatro donde el «vaudeville» francés teje su eterno tema del adulterio, hemos caído en

la grosería inconcebible de lo «sicalíptico», y esto es más doloroso porque parece ser propiedad exclusiva de nuestro idioma. Efectivamente, ni el teatro francés ni el teatro italiano se habrán atrevido á tanto con su «género libre». Nuestros «autores» se han excedido al imitar los procedimientos que tanto éxito alcanzan en las cosmopolitas grandes ciudades europeas, donde por ser el público transeunte, compuesto de viajeros, el mal no es tan grave, tan profundo como entre nosotros.

En ninguna parte del mundo se ha llegado á tan hondo, ningún público habría consentido jamás que se le abofeteara desde la escena de un teatro, con frases tan atrevidas como las que frecuentemente se oyen en nuestras salas de espectáculos. Perdida la noción más elemental del pudor público, la colectividad carece de fuerzas para protestar como debiera.

¿Qué remedios oponer al avance del mal? Hay quien pide el restablecimiento de la censura, medida violenta que puede ser causa de nuevos peligros. Más lógico sería contribuir á despertar en el público, por medio de la hoja diaria, el sentimiento de su dignidad olvidada; hacerle comprender que una indecencia pronunciada en público equivale á un insulto colectivo y que si se quiere obtener la dignificación, que es la base de toda grandeza, no hay más remedio que hacerse respetar en todos los momentos.

Conviene hacer comprender al público que los lamentables actores cuyas pocas facultades se disipan en la estolidez de la grosería no pueden ser objeto de consideraciones artísticas, sino de medidas profilácticas, evitando con rigores extremados la invasión de lo inmoral, como si de una peste se tratara. ¿Qué más da el cólera, la peste bubónica, ó la inmoralidad, el vicio? En el fondo quizá deba inspirar más temores el desarrollo de estos

últimos males que una enfermedad infecciosa cuyos resultados sólo se hacen sentir en la materia, pues la propagación de un vicio daña á las generaciones presentes y futuras, extendiendo su radio más allá de lo inmediato de las acciones humanas.

No es, pues, á la censura, sino al mismo público á quien cabe confiar su propia defensa. El público es el que debe de hacerse respetar, ya por medio del vacío hecho á esos teatros donde una imitación de decadencia predomina, ya acallando con ruidosa protesta cada desmán, cada insulsez que se le dé bajo el nombre del arte.

Se dice, para encubrir la falta absoluta de moralidad demostrada en esos esperpentos teatrales, que el público siente la fatiga de un arte trascendental y busca, en la variedad de cosas ligeras, agradable solaz y fácil pasatiempo.

Bajo esa mentira se encubre, á su vez, una bella verdad que, bien interpretada, podría dar margen á una nueva manera de ser del arte, no ya considerado como educador de los sentimientos, que es como hasta hoy se ha tenido el teatro, sino como educador de las sensaciones estéticas, elevando y dignificando al hombre por medio de la armonía de los colores, de los sonos, de los perfumes, por la exhibición, sobre todo, del perfecto cuerpo, la más maravillosa flor de cuantas resplandecen en el jardín de la vida.

Lo que forma el elemento peligroso é inmundo de esa «sicalipsis» dominante, es el fondo de inmoralidad, la intención, aviesamente expuesta, de hacer sobresalir ese oculto sedimento bestial que se halla en lo más hondo del hombre. No hay que hacer melindres de damisela ofendida porque en un teatro se exhiba un coro de mujeres con las

piernas al aire en el desenfreno de un can-can pecaminoso. El mal no consiste en lo que se exhibe, sino en cómo se exhibe, es decir, en la forma y en la intención en que se exhibe, buscando el despertar de lúbricos apetitos, sin más finalidad que la de la miseria material.

Recuérdese, en cambio, aquella maravillosa escena de Maeterlinck, cuando Monna Vanna se dirige al campamento de Prinzivalle, en la horrible noche que precede como una causa de muerte al día del asalto, sola, sola y silenciosa, envuelta en el amplio manto de todos los misterios. Recuérdese aquella escena en que la esposa de Guido Colonna se acerca al enemigo de su patria, resuelta al sacrificio: al preguntarle Prinzivalle si va sola y va desnuda entreabre ella el gran manto y se muestra en la soberana y magnífica desnudez impecable de su cuerpo glorioso.

Cuando Monna Vanna se exhibe, serena y tranquilamente, ni un átomo de impudor flota en el espacio, ni una sola gota de sangre acelera su curso, diciendo de un deseo pecaminoso. La serenidad heroica del momento cubre por entero la parte bestial; pero, si en vez del silencioso gesto con que Monna Vanna entreabre el manto y de los grandes ojos maravillados con que la contempla Prinzivalle, uno ú otro pronunciara una sola palabra, la inmoralidad de las diversas interpretaciones haría de aquel acto noble una fuente de vicios.

El ejemplo ofrecido por el gran dramaturgo moderno puede ser recogido por los autores de hoy, ávidos de renovar las sensaciones reclamadas por el pueblo. Si éste no quiere meditar en el teatro, si no quiere sentir, si solamente anhela un espectáculo para los ojos, una fiesta estética, los artistas, los verdaderos artistas están en la obligación de buscar ese medio sin caer en la proseria bárbara de la «sicalipsis» dominante.

Para ese arte—que puede llegar á ser un arte,—se ha creado el «music-hall», el antiguo café concierto, elevado de categoría por la desaparición de elementos que por sí solos se han ido eliminando.

El «music-hall» puede contribuir en gran parte á dar al pueblo un arte de pasatiempo, que sea á la par un goce estético, una enseñanza artística, de embellecimiento moral. Allí caben los atletas con sus exhibiciones de fuerza; los acróbatas con sus agilidades maravillosas: los prestidigitadores con sus habilidades siempre sorprendentes; los cantantes, descartando los cupletistas canalleros, que pueden hacer oír fragmentos de óperas; los músicos excéntricos con sus acrobacias armónicas. Después la orquesta que en vez de los sempiternos tangos puede hacer grandes piezas de músicas clásica, dando al pueblo la elevación emocional que sólo se alcanza por medio del divino arte. Y luego, especialmente, el atractivo singular de la mujer, considerándola no como un objeto de lujo ó de placer, sino como una perpetua enseñanza de arte, de belleza, de estética viva. La mujer en sus diversas manifestaciones; ya sonorizando romanzas que detienen para siempre las burdas canzonetas de «la grisette et le vieux marcheur»; ya como equilibrista, en el alambre, en el trapecio, haciendo resaltar la impecabilidad de sus formas; ya como malabarista, en la destreza genial de lanzar al aire objetos diversos en las combinaciones más absurdas; y, sobre todo, como bailarina, en el mágico cuadro de la escena en sombras, presentándose como una mariposa de colores para girar y girar interminablemente bajo el fulgor de veinte reflectores que la envían sus luces—roja, verde, azul, amarilla, celeste, violeta, oro.—La bailarina debiera de ser el principal elemento de ese nuevo arte que contribuiría para difundir el sentimiento artístico, dignificando á la

par el cuerpo humano, víctima propiciatoria de todos los ataques y de todos los golpes.

El «music-hall» así entendido, eliminando viejos residuos de un error que hacía de él un centro de inmoralidades, un mercado de carne humana, á donde sólo podían tener acceso los postulantes ó los postulados, sería un magnífico medio para dar al pueblo un arte sencillo y fácil, contribuyendo al mismo tiempo á dar á las masas, cuyos medios no les permiten el goce del arte en la medida de las clases más elevadas, sensaciones de belleza hoy muy difíciles de conseguir.

Ese nuevo arte destronaría en breve la «sicalipsis», absurda en medio del arte, criminal en medio del mismo vicio, porque no es nada, absolutamente nada.

El «music-hall» á su vez sería una escuela de belleza, pues no se compara su acción con nada de lo hoy existente. Acróbatas, mimos, bailarinas, contribuirían á dar al pueblo una imagen más perfecta de la belleza, por él entrevista al pasar por las desiertas y frías salas de un Museo donde el silencio se reviste de hostilidad para el que no comprende.

La bailarina, que como una bella mariposa gira al compás de la música bajo la cambiante luz de un poderoso reflector arcoirisado, hace más por la belleza del mundo que esos graves y hoscos antiestéticos personajes, catedráticos, artistas, cuya obra no todos aciertan á definirse. En el grave silencio de la sala sumida en dulce penumbra, como murmurando la orquesta una lenta música, mientras en el escenario, lleno de misterio, baila una mujer desnuda, el pecho se llena de indefinidas aspiraciones, siéntese el anhelo de algo inexplicable, el espíritu se dilata para recibir la esencia de toda la belleza dispersa en el mundo... y cuando la orquesta cesa, cuando la luz llena de nuevo la amplia sala y como por arte de magia la

bailarina se retira, parece que se sale de un ensueño, volviéndose á la dura realidad para hallar más feo, más pequeño y miserable todo lo que nos rodea.

Y si después de haber gozado de esa abstracción superior volvemos á la realidad para entrar en uno de esos teatros donde la «sicalipsis» retuerce sus anillos inferiores, en la contorsión macabra de sus gestos y sus frases, un sentimiento de disgusto nos invade, la comprensión de que el hombre se pervierte para constituirse un elemento de degradación nos llena el alma de amargura.

Y al ver esos dicharachos aplaudidos, esas semidesnudeces provocativas celebradas, recordamos que hay más pureza en el acto sencillo de la desnudez triunfal, erguida como una demostración de arte vivo, que en toda esa miseria de las frases truncas, en que rudos gestos subrayan la obscuridad del pensamiento.

El crimen colectivo

El asesinato de esa pobre mujer cuyo cuerpo fué hallado en la vía pública, dentro de un saco, viene á remover todo un grave problema de moral colectiva, reproduciendo en el ambiente de Buenos Aires los términos difíciles en que ya anteriormente se había manifestado en otras ciudades, como ésta «civilizadas».

El autor del crimen, ese muchacho de 19 años, víctima de un destino terrible, pagará dentro de poco la falta cometida. La justicia, severa y cruel, no dejará de hacer sentir todo el peso de sus leyes y de sus códigos sobre ese desgraciado que nadie tendrá el coraje de defender. Para él será todo el rigor de la letra, mientras que nadie tendrá la audacia de ir hasta el espíritu de las leyes para aplicar el condigno castigo al verdadero criminal.

Yo no quisiera que se viera en mis palabras una exageración lírica del sentimiento de humanidad; yo deseo que se sienta en ellas toda la gravedad de las cosas justas, cuando afirmo mi absoluta convicción de que ese hombre, por bárbaro que sea el crimen cometido, no debe de ser castigado por la justicia sin que la sociedad se sienta herida por el mismo golpe, ofendida por el mismo estigma.

La descripción que del criminal nos han hecho algunos cronistas policiales, hábiles en mantener la malsana curiosidad del público, es altamente